

## La cuestión Navarra en la Conferencia de Calais (Julio-Noviembre de 1521)<sup>1</sup>

*Nafarroaren auzia Calaisko Konferentzian.*

The question of Navarre at The Conference of Calais

Peio J. Monteano Sorbet\*

Archivo Real y General de Navarra - Nafarroako Errege Artxibo Nagusia

**RESUMEN:** En 1521 se celebraron unas negociaciones para restablecer la paz en Europa rota por la guerra abierta entre Francisco I y Carlos V. Inglaterra actuó como mediadora por medio del cardenal Wolsey. Franceses e imperiales se acusaron de incumplir los tratados. Francia justificó su apoyo a los enemigos del emperador en el incumplimiento por este del tratado de Noyón. Carlos V instó a Inglaterra a apoyarle en virtud del tratado de Londres. Navarra se mostró como el principal punto de fricción.

**PALABRAS CLAVE:** Enrique II de Navarra. Enrique VIII. Francisco I. Carlos V. Tratado de Noyon. Tratado de Londres. Wolsey. guerra Habsburgo-Valois.

**LABURPENA:** 1521ean, negoziazioak egin ziren Frantzisko I.aren eta Karlos V.aren arteko gerrak suntsitutako bakea Europara itzularazteko. Ingalaterrak jardun zuen bitartekari, Wolsey kardinalaren bidez. Frantsek eta imperialek tratatuak ez betetzea leporatu zioten elkarri. Frantziak, enperadorearen etsaiei emandako laguntza justifikatzeko, enperadoreak Noyongo tratatua urratu zuela argudiatu zuen. Karlos V.ak laguntza eskatu zion Ingalaterrari, Londresko Tratatuari jarraikiz. Nafarroa izan zen desadostasun-puntu garrantzitsua.

**GAKO-HITZAK:** Henrike II.a Nafarroakoa. Henrike VIII.a. Frantzisko I.a. Karlos V.a. Noyongo Tratata. Londresko Tratata. Wolsey. Habsburgo-Valois Gerra.

**ABSTRACT:** In 1521 negotiations were held to re-establish peace in Europe, broken by the open war between Francis I and Charles V. England acted as mediator through Cardinal Wolsey. French and imperialists accused each other of breaching the treaties. Francis justified its support of the enemies of Charles V as he considered the emperor himself had breached the Treaty of Noyon. Charles V urged England to support him under the Treaty of London. Navarre proved to be the main point of friction.

**KEY-WORDS:** Henry II of Navarre. Henry VIII. Francis I. Charles V. Treaty of Noyon. Treaty of London. Wolsey. Habsburg-Valois War.

<sup>1</sup> Este artículo desarrolla la conferencia impartida en Bilbao el 23 de enero de 2025 en el marco del XXIII Simposio DE IURA VASCONIAE con el título «Las negociaciones de Calais (jun-nov 1521) entre Francisco I y Carlos V, con la mediación de Enrique VIII en el contexto de la Guerra de Navarra».

\* **Harremanetan jartzeko/Corresponding author:** Peio J. Monteano Sorbet, Archivo Real y General de Navarra - Nafarroako Errege Artxibo Nagusia. — [monteano@atarrabia.org](mailto:monteano@atarrabia.org) — <https://orcid.org/0000-0002-1020-765X>

**Nola aipatu/How to cite:** Monteano Sorbet, Peio J. (2026). «La cuestión Navarra en la Conferencia de Calais (Julio-Noviembre de 1521)». *Iura Vasconiae*. Revista de Derecho histórico y autonómico de Vasconia, 23, 139-163. (<https://doi.org/10.1387/iura.vasconiae.28317>).

Fecha de recepción/Jasotze-data: 26/04/2025.

Fecha de evaluación/Ebaluazio-data: 03/07/2025.

Fecha de aceptación/Onartze data: 28/07/2025.

ISSN 1699-5376 - eISSN 2530-478X / © UPV/EHU Press



Esta obra está bajo una licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

**SUMARIO:** I. ANTECEDENTES. 1.1. La «cuestión navarra». 1.2. Tratado de Noyón (1516). 1.3. Tratado de Londres o de la Paz Universal (1518). 1.4. La pugna imperial (1519). 1.5. El Campo del Mantel de Oro (1520). 1.6. La guerra no declarada.—II. LA CONVOCATORIA.—III. LAS FUENTES.—IV. DESARROLLO DE LAS SESIONES. 4.1. Exigencias de Francisco I. 4.2. El comienzo de las sesiones. 4.3. Viaje de Wolsey a Brujas. 4.4. Reanudación de las conversaciones. 4.5. Los derechos dinásticos sobre Navarra. 4.6. Últimas sesiones. 4.7. Hondarribia desplaza a Navarra.—V. CONCLUSIONES. 5.1. El fin de la política pro-paz de Inglaterra. 5.2. «Afrancesamiento» de la causa navarra. 5.3. De la excomunión a los derechos dinásticos.—VI. BIBLIOGRAFÍA CITADA.

## I. ANTECEDENTES

### 1.1. La «cuestión navarra»

Entre julio y septiembre de 1512, en el contexto del enfrentamiento franco-español, los ejércitos castellano y aragonés habían invadido y ocupado la totalidad del reino de Navarra. El pretexto, la alianza defensiva firmada por Francia y Navarra pocos días antes. Los monarcas navarros, Juan III de Labrit (Albret) y Catalina I de Foix, fueron obligados a refugiarse en sus dominios de Bearne, al otro lado de los Pirineos. Allí morirían. A la altura de 1520, ni las negociaciones diplomáticas ni las dos campañas militares llevadas a cabo habían podido evitar la consolidación del dominio español en el reino pirenaico.

Surgió así la llamada «cuestión navarra». Amparándose en la bula del papa Julio II que había excomulgado a los monarcas navarros y privado de sus estados, España defendía su derecho a retener el reino. Los Labrit (como se conocía en Navarra a los Albret), pese a que lo intentaron, no consiguieron que la Santa Sede levantara esa excomunión. Y Francia, priorizando siempre sus intereses en Italia, ofrecía un respaldo intermitente a sus aliados navarros.

Durante los años en que se había mantenido esta disputa, a veces diplomática, a veces militar, se produjo el relevo en los tronos implicados. En Francia, tras la muerte de Luis XII, era coronado el duque de Angulema, que reinaría como Francisco I. Un año más tarde, en enero de 1516, la muerte de Fernando II de Aragón dejaba en la práctica la corona española en manos de su nieto, el archiduque Carlos de Gante. Y finalmente, cuando Catalina I de Foix, ya viuda, falleció a mediados de 1517, los derechos dinásticos de una Navarra ocupada recayeron en el joven príncipe Enrique, de sobrenombre «El Sangüesino», que, a falta de coronación oficial, se intitularía Enrique II de Navarra. Nuevas caras para un viejo contencioso.

De las grandes potencias europeas, el único monarca que había reinado durante todo este periodo era el de Inglaterra. Enrique VIII, un rey maduro y experimentado en comparación con los anteriores, se había visto implicado en la conquista de Navarra en 1512. Aunque las tropas que habían desembarcado en Gipuzkoa no participaron en la invasión del reino, sí evitaron con su presencia que la ayuda francesa pudiera llegar a los monarcas navarros a tiempo de ser decisiva.

## 1.2. Tratado de Noyón (1516)

En efecto, como decimos, a la altura de 1516, sólo Enrique VIII de Inglaterra había sido protagonista de la llamada Primera Conquista de Navarra. Tal vez por ello no fue difícil que, en un clima de cierta cordialidad, los dos recién llegados a los tronos de Francia y España, Carlos I de Habsburgo y Francisco I de Valois, alcanzaran a un acuerdo para dirimir sus diferencias por vía diplomática. Este acuerdo impuso un paréntesis al apoyo militar a los reyes de Navarra por parte de la monarquía gala.

El flamante rey francés había sido encumbrado por su rotunda victoria militar en Marignano. Carlos I necesitaba la cooperación del francés para poder viajar a España y consolidar su autoridad tanto en Castilla como en Aragón. El 13 de agosto de 1516, cuando el Habsburgo se encontraba aún en Flandes, ambos monarcas suscribieron el tratado que, en lo que a Navarra se refería, contenía la promesa de atender las reclamaciones de la reina Catalina I —ya viuda de Juan III— del trono navarro. Según el texto signado, Carlos I se comprometía a estudiar los derechos de la reina navarra. Eso sí, lo haría una vez estuviese en España o, en todo caso, en el plazo de ocho meses. Por su parte, Francisco I dejaba en suspenso la alianza firmada con el fallecido Juan III, si bien la ayuda francesa se reanudaría si la reina de Navarra no era satisfecha en los términos acordados.

Como veremos, el alcance del compromiso adquirido por Carlos I sería objeto de agrias discusiones en los años siguientes. De la lectura del compromiso arrancado por Francisco I sobre Navarra —recogido en la cláusula 28 del tratado— no se deduce que este fuera muy explícito.

Por eso, una cuestión que se ha debatido es si el tratado de Noyón contenía una cláusula secreta por la cual el monarca español se obligaba en firme a reintegrar Navarra a la reina destronada. La razón de que no se hiciera constar explícitamente en el cuerpo del tratado habría sido que, de hacerse pública, podría dificultar aún más la aceptación de Carlos I por parte de los castellanos. Esta sospecha parece estar respaldada por el hecho de que su incumplimiento sería denunciado por el embajador francés en el marco de las conversaciones de Calais que aquí vamos a relatar. Y así, respecto a la existencia de esta cláu-

sula secreta, los historiadores adoptan distintas posturas: Varillas la cree segura y Brown, probable. Otros como Daniel o Houssaie la niegan.<sup>2</sup>

### 1.3. Tratado de Londres o de la Paz Universal (1518)

Había sido el principal logro político del cardenal Wolsey, favorito de Enrique VIII. Piedra angular de la política inglesa por esos años, perseguía consolidar la paz entre las monarquías europeas ante la amenaza del Imperio Otomano. Inglaterra y Francia lo firmaron el 3 de marzo de 1518. Carlos I y el papa lo ratificaron poco después, al igual que la mayoría de los estados. El Tratado suponía una garantía de seguridad colectiva entre los estados europeos. Si alguno de los signatarios era atacado, el resto acudiría en su ayuda contra el agresor. Había en él un reconocimiento de la integridad territorial de todos los estados y situaba a la Santa Sede como la autoridad mediadora en caso de conflictos. Pero, ante todo, el tratado de Londres convertía a Inglaterra en el «árbitro de Europa».

Sin embargo, las carencias del tratado se manifestaron pronto. La razón estaba en que se basaba en tres principios cuestionables. El primero, que en el continente existían tres poderes —Imperio alemán, España y Francia— y, aunque el francés era el más poderoso económica y militarmente, si atacaba a cualquiera de los otros, Enrique VIII podría pedir una conferencia que diera tiempo a Inglaterra para preparar la guerra. El segundo, que España no tenía recursos para luchar sola contra Francia. Y el tercero, que Italia sería el escenario del enfrentamiento.<sup>3</sup>

La inesperada muerte de Maximiliano de Austria lo cambiaría todo.

### 1.4. La pugna imperial (1519)

En efecto, en enero de 1519 murió el emperador de Alemania. Aunque Carlos I de España era su nieto, la dignidad no era hereditaria. Siete electores debían designar al nuevo emperador y los candidatos no tenían por qué ser alemanes. Ello dio pie a una nueva pugna entre el rey español y el francés, que temía quedar rodeado por los dominios del Habsburgo. A costa de enormes sumas de dinero y con la opinión pública alemana a su favor, Carlos I fue elegido por unanimidad de los electores en junio de ese año.

---

<sup>2</sup> Varillas, 1685: 122 y Brown, 1869:174

<sup>3</sup> Martin, 2000: 17.

La designación del rey de España como nuevo emperador hizo que hubiera únicamente dos potencias continentales, similares en poder y ambas con aspiraciones en Italia. El enfrentamiento era ya inevitable y la política de paz diseñada por Wolsey, insostenible.

### 1.5. El Campo del Mantel de Oro (1520)

Apenas un año más tarde de la elección imperial se produjo un encuentro de los monarcas de Inglaterra y de Francia. Tuvo lugar cerca de Calais y fue, al menos en apariencia, extremadamente amistoso. Rodeados de unos enormes y lujosos séquitos, los dos monarcas se encontraron en persona el 5 de junio cerca de Ardres.

En lo que a Navarra se refiere, reviste gran importancia la asistencia a la cena que ambos reyes compartieron cinco días más tarde. Allí, acompañando a Francisco I, se encuentra entre otros Enrique II de Navarra que apenas cuenta con 17 años. Junto a él, sus parientes los hermanos Foix, señores de Lautrec, Lescun y Lesparre. También allí está el almirante de Francia, Bonnivet. La propia reina madre del rey francés es la encargada de presentar al monarca navarro ante Enrique VIII de Inglaterra. También en la misa del 24 de junio, oficiada precisamente por el cardenal Wolsey, se encuentra Enrique II de Navarra junto a los reyes inglés y francés.<sup>4</sup>

Para entonces, en el castillo de Guines se ha firmado el tratado de Ardres o del Campo del Mantel de Oro. De palabra —según la versión francesa— Inglaterra se comprometería a poner Navarra en manos de su rey en el plazo de tres meses.<sup>5</sup>

Esta aproximación anglo-francesa fue vista por Carlos V con ansiedad en un momento en el que, además, debía dejar una agitada España para ser coronado en Alemania. Y, como escribía el embajador veneciano Giustiani refiriéndose a las relaciones entre el galo y el hispano-alemán, «entre ellos no hay paz; van contemporizando, pero ambos en su interior se tienen un gran odio»<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Brown, 1869: III, 66 y 74. La noticia de la presencia de Enrique II en la comitiva francesa la da el senador milanés Pietro Montemerlo y en la misa del día de San Juan Bautista, el embajador de Mantua. También la recoge Sanuto, 1878: 29, 21.

<sup>5</sup> Brewer, 1867: 971. Es la réplica que Francisco I hace al heraldo que le comunica la declaración de guerra de Inglaterra el 29 de mayo de 1522.

<sup>6</sup> Sanuto, 1878: 111. La frase en cuestión es: «*Siché tra loro non e paxe; vanno temporezando, ma in sé si portano grande odio*». Brewer recoge en inglés su sentido: «esos soberanos no están en paz, se adaptan a las circunstancias, pero se odian mutuamente muy cordialmente» (Brewer, 1867: 115). Basándose en él, Martin la atribuye erróneamente a las relaciones entre Enrique VIII y Francisco I (Martin, 2000: 18). Pero la lectura del texto original en el diario de Sanuto no arroja dudas de que se refiere a Carlos V y Francisco I.

## 1.6. La guerra no declarada

Animado por la amistad inglesa, a finales de 1520 Francisco I emprende un enfrentamiento militar indirecto con Carlos V. Y lo hace en varios frentes apoyando a quienes combatían contra el emperador: a los comuneros castellanos, a Robert de La Marck en Luxemburgo, al duque de los Geldres en Flandes y a Enrique II de Labrit en Navarra. Hay que añadir que, como factor de presión en las relaciones anglo-francesas, también da apoyo a la causa del duque de Albany, un noble refugiado en Francia con aspiraciones al trono escocés.

A finales de febrero de 1521, los embajadores franceses en la corte gala se apercibieron de la marcha de Enrique II. Inmediatamente informaron a Wolsey del rumor que corría: el rey de Navarra iba a intentar recuperar su reino por la fuerza con la ayuda de Francisco I y del duque de Luneburg. Y aunque el almirante de Francia les había asegurado que en realidad había ido a visitar a su abuelo moribundo, lo cierto es que en Navarra las hostilidades comenzaron a principios de mayo de 1521 con Enrique II instalado ya en su palacio de Pau.

Enrique VIII sabía muy bien lo que esto significaba y dio inmediatamente instrucciones a sus embajadores sobre lo que debían exponer a Francisco I. Pedía al monarca francés que disuadiera al rey navarro de su intento. De lo contrario, el inglés no dudaba que los hispano-imperiales reclamarían su intervención «y eso obstaculizaría el amor fraternal entre Inglaterra y Francia». La propia reina madre, Luisa de Saboya —conocida protectora del rey navarro— intervino rápidamente para exponer que no se trataba de una agresión. Carlos V, decía, estaba obligado a cumplir todas las promesas hechas en Noyón y la de restituir Navarra fue una de las principales.<sup>7</sup>

La velada advertencia del inglés no tuvo ningún efecto. Un levantamiento general del reino pirenaico —incluida la capital— facilitó la entrada por el norte de un ejército francés comandado por el señor de Lesparre al que pronto se unieron las tropas y milicias de los nobles y villas controladas por el partido agramontés, sostén de la causa de los Labrit. Como resultado, el reino fue recuperado en menos de un mes en nombre de Enrique II, a quien no obstante Francisco I no permitió hacer acto de presencia en Navarra. La correspondencia entre el monarca francés y su general dejan claro que Francia concebía la campaña navarra estrechamente ligada a la de los comuneros. De ahí las misivas enviadas por el Francisco I incitando a los legitimistas navarros a aliarse con los rebeldes comuneros castellanos.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Brewer, 1867: III-I, 443-444 y 709. Carta de William Fitzwilliam a Wolsey de 27 de febrero de 1521. Sanuto, 1878: XXX, 135, carta de Corner a la Señoría de 30 de marzo de 1521.

<sup>8</sup> Sanuto, 1878: XXX, 221. Carta de Giovanni Badoer a la Señoría desde Dijon el 14 de mayo de 1521.

El estallido de la guerra franco-imperial obligaba a Inglaterra a posicionarse. En aplicación de lo acordado en Londres, debía atacar al agresor. De hecho, Enrique VIII deseaba firmemente aliarse con el emperador contra Francia, pero Wolsey sabía que el reino necesitaba más tiempo para preparar una guerra de larga duración en el continente.

## II. LA CONVOCATORIA

En este contexto, el 17 de mayo de 1521, preocupado por las ofensivas en Luxemburgo, Flandes y Navarra, el rey de Inglaterra se ofreció a mediar en calidad de árbitro entre Francisco I y Carlos V. Su intención, decía, era evitar la guerra entre monarcas cristianos.

La noticia de la entrada de Lesparre en Navarra no había llegado aún a Flandes y Carlos V mostró su predisposición a participar en las conversaciones. Francisco I, que estaba mejor informado sobre los progresos de sus tropas y veía con optimismo la ofensiva indirecta contra el hispano-alemán, confiaba también en las dificultades que Carlos V tenía en la propia España. Así que declinó la oferta. Según argumentaba, él no había exigido al emperador nada más que la devolución de Navarra, el homenaje por Flandes y una pensión por el reino de Nápoles.

Una semana más tarde, los embajadores ingleses en la corte francesa informaban a Wolsey. Francisco I admitía abiertamente que había dado 14.000 hombres al joven rey de Navarra, que este había tomado la localidad bajonavarra de Donibane Garazi (Saint-Jean-Pied-de-Port) y que el sábado anterior, 18 de mayo, le habían sido entregadas las llaves de la propia capital, Pamplona.

Fue precisamente tras la recuperación de toda Navarra por la exitosa campaña de Lesparre cuando Francia cambió de actitud. Con el reino ya en sus manos, Francisco I decía estar dispuesto a aceptar la mediación del rey de Inglaterra «no como juez, sino como amigo y árbitro», aclaraba. Pero las mismas razones que animaban ahora al francés —tener en sus manos Navarra— acabaron con la predisposición de Carlos V a participar en las conversaciones. El emperador dejaba bien claro que no negociaría si antes no le era restituido el reino conquistado por su abuelo. Y así, los propios embajadores ingleses admitían una semana después que «como los franceses, tras tomar el castillo de Pamplona, han conquistado toda Navarra, el acuerdo no será fácil».<sup>9</sup>

Así estaban las cosas cuando a principios de julio de 1521 el panorama volvió a cambiar bruscamente. El último día de junio, el ejército franco-navarro de Lesparre había sido rotundamente derrotado por las tropas españolas

---

<sup>9</sup> Brewer, 1867: III-2.<sup>a</sup>. 517-518 y 541

en los campos de Noáin, muy cerca de la capital navarra. En apenas un par de semanas, tan rápido como lo habían perdido, las tropas del emperador reconquistaron nuevamente todo el reino, excepción hecha del extremo norte —la Baja Navarra—, de donde se retiraron tras la sangrienta toma del castillo de Donibane Garazi.

El 5 de julio, sin tener noticias aún de la victoria de sus armas y sin demasiada confianza en los ingleses, Carlos V reclamaba la intervención de Enrique VIII contra Francia por haber roto la «paz universal» acordada tres años antes. Lejos de hacerlo, el inglés propuso una tregua de dos meses. Francia se negó en rotundo aduciendo que la interrupción de los combates permitiría al emperador recuperarse militarmente.

Fue en ese impasse cuando se produjo una oferta de mediación negociada por la reina madre del monarca francés y la tía del hispano-alemán. A pesar de que la marcha de la guerra comenzaba a ser favorable a Carlos V, su canciller Gattinara le animaba a negociar. Sus argumentos eran muchos: la victoria era incierta, faltaba dinero, la contraofensiva imperial en Italia había fracasado, había peligro de que los suizos terminaran favoreciendo a Francia, la situación del ejército español en la Alta Navarra era muy inestable, no se podría disponer de un ejército para invadir Francia antes del invierno... Por otro lado, había que impedir a toda costa dejar al papa Leon X, a merced de un declarado enemigo Francisco I porque eso podía restarle el apoyo de la Santa Sede en el tema de Navarra.

Así pues, cada uno por distintas razones, obligados por las circunstancias, Francisco I y Carlos V aceptaron reunirse en una «conferencia» en la que, con la mediación de Enrique VIII (en su nombre, el canciller Wolsey) y la observación de la Santa Sede, tratarían de conseguir el cese de los enfrentamientos militares. Esa conferencia tendría lugar en Calais, ciudad situada en la orilla oriental del canal de la Mancha y única plaza que la monarquía inglesa conservaba en el continente.

El día 2 de agosto de 1521 llegaba el cardenal Wolsey a Calais con el firme propósito de signar la paz o al menos una tregua entre franceses e hispano-alemanes. En los días siguientes fueron llegando las otras delegaciones diplomáticas. Hay que decir que la conferencia no pondría fin a los combates, que siguieron produciéndose en paralelo a las conversaciones hasta el punto de condicionarlas totalmente. De hecho, era conocido que Francia estaba concentrando un imponente ejército en el Pirineo vasco con el objetivo de recuperar nuevamente Navarra. A su cabeza Francisco I había puesto a su principal general, el almirante Bonnivet, a quien acompañarían los mejores capitanes franceses, 25.000 infantes y 1.400 lanzas de caballería.

### III. LAS FUENTES

Ni que decir tiene que de las negociaciones no se levantaron actas ni nada por el estilo. ¿Cómo sabemos entonces de qué se discutió? Las fuentes de este artículo son en esencia de dos tipos. En primer lugar, la detallada relación de intervenciones que para cada sesión realizó la embajada imperial. En segundo, la correspondencia de los embajadores, tanto de los presentes en las conversaciones (incluidos lo que actuaban como «mediadores» y «observadores») como los que con carácter permanente residían en las distintas cortes, ya que, como hemos dicho, ninguno de los monarcas implicados estuvo presente en persona.

Esta era la situación. En Calais se encontraba, como hemos dicho, el canciller inglés Wolsey, a quien Enrique VIII había encargado su labor mediadora. Las delegaciones gala e imperial las encabezaban sus respectivos cancilleres: Duprat representando a Francisco I y Gattinara a Carlos V. Finalmente, como observador papal asistía el cardenal Ghinucci.

Los monarcas implicados fueron puntualmente informados de la marcha de las conversaciones. Enrique VIII siguió en Londres, mientras que Francisco I permaneció la mayoría del tiempo en Dijon y Carlos V hacía lo propio en Bruselas. Por su parte, Enrique II de Navarra se encontraba en Pau haciendo preparativos para unirse a Bonnivet tan pronto como el almirante llegara a Baiona.

Como hemos dicho, en todas estas cortes había un importante grupo de embajadores permanentes —mitad diplomáticos, mitad espías— que, entre otras cosas, informaban a sus soberanos de las noticias que llegaban y de los rumores que circulaban por ellas. Especialmente bien informados estaban los venecianos: Surian en la corte inglesa, Badoer en la francesa y Contarini en la imperial. Los embajadores franceses en Londres eran La Batie y, más esporádicamente, Montpesat. Los hispano-alemanes, Haneton y el obispo de Badajoz. Y finalmente, los embajadores ingleses eran Spinelli y Wingfield en Flandes, y Fitzwillian y Jerningham en la corte francesa.

Pero sin duda, la fuente principal para conocer el contenido de los debates es el propio Gattinara. El canciller imperial escribió un detallado informe en latín, que fue traducido poco después al francés por un consejero imperial, el flamenco Claude de Chassey. En él se recoge con gran precisión lo dicho por los distintos embajadores. Como es fácil de entender, no es una fuente neutral. Mucho menos prolija e igualmente parcial es la versión francesa realizada por el canciller Duprat, cuyo relato hemos completado con la escasa correspondencia francesa sobre este tema que hemos podido encontrar en la Biblioteca Nacional de Francia. Finalmente, también el embajador veneciano Surian

mantenía informada a la Signoria mediante el envío de frecuentes cartas que fueron extractadas en los diarios escritos por Mario Sanuto.<sup>10</sup>

#### IV. DESARROLLO DE LAS SESIONES

Como veremos en detalle, a la altura de 1521 la cuestión navarra era un asunto central en la política europea y una pieza fundamental en esa especie de partida de ajedrez que, en su pugna por la hegemonía europea, estaban jugando Francisco I y Carlos V. Se advierte también cómo los frentes navarro e italiano actuaban como una especie de vasos comunicantes.

##### 4.1. Exigencias de Francisco I

Las conversaciones desarrolladas en Calais giraron continuamente en torno al cumplimiento de lo acordado en Noyón. Según los franceses, el tratado obligaba a Carlos V a:

1. Devolver Navarra a los Labrit. Es significativo que esta reivindicación figurara en primer lugar. Según los franceses, habían transcurrido casi seis años desde que Carlos V se había obligado en Noyón a restituir ese reino a su legítimo rey. Así pues, el emperador debía reintegrarlo en el plazo de doce meses o indemnizarle convenientemente.
2. Casarse con Charlotte, la hija de Francisco I.
3. Pagar a Francisco I una indemnización de 100.000 ducados por el reino de Nápoles.
4. Prestarle vasallaje por los condados de Flandes y Artois.
5. Observar una tregua de cuatro años, no de año y medio como proponía el emperador.

##### 4.2. El comienzo de las sesiones

La sesión inaugural de las conferencias debió tener lugar el miércoles 7 de agosto. Wolsey la abrió diciendo que a Enrique VIII le hubiera gustado estar

---

<sup>10</sup> Al informe de Gattinara hemos accedido mediante Brewer, 1867: III-2, 766-776. Sin embargo, existe una versión original francesa realizada por Weiss y publicada con anterioridad, en 1841, a partir de los manuscritos conservados en la biblioteca de Berançon. El relato de Duprat, en la misma obra de Brewer, páginas 777-779. Los datos proporcionados por Surian se encuentran en los tomos XXXI y XXX de Sanuto, 1891.

presente en las conversaciones, pues deseaba fervientemente solucionar las diferencias que enfrentaban a Carlos V y Francisco I, e incluso las que mantenía el rey francés con el papa. Habló a continuación el nuncio papal, Ghianucci, aunque tan sólo para decir que él venía sin poderes para negociar.

Gattinara, cabeza de la delegación imperial, inició su intervención asegurando que el emperador siempre había querido la paz. Pasó acto seguido a enumerar todos los agravios que había recibido de Francia. Y limitó muy pronto el alcance de su misión. Sus instrucciones eran tan sólo pedir la ayuda de Inglaterra contra Francisco I.

Al canciller galo Duprat el encuentro le parecía que iba a ser infructuoso y así lo expuso. Eso sí, advertía y amenazaba a la vez: Francia estaba preparada tanto para la paz como para la guerra. Y negó rotundamente que Francisco I hubiera roto ningún tratado.

El canciller imperial volvió a tomar la palabra para quejarse de lo que llamaba «ofensas francesas» perpetradas en Navarra y Luxemburgo. Con ellas Francisco I había violado todos los tratados, especialmente el de Londres de 1518, por lo que Inglaterra estaba obligada a respaldar a Carlos V.

La réplica de Duprat no se hizo esperar. No existía —aseguraba— ningún documento que probara la implicación de Francia en los ataques de La Marck. Y, pasando a la ofensiva, reprochaba a su interlocutor imperial que Carlos V instigaba a los milaneses contra Francia. El caso de Navarra era distinto: los tratados de paz justificaban la campaña militar para su recuperación ya que el emperador no había cumplido lo acordado en Noyón. De hecho, Francia estaba dispuesta a acordar una tregua por diez años si Navarra era restituida a Enrique II. No obstante, terminaba, Francia no acordaría nada si Carlos V no se comprometía a no entrar con tropas en Italia, a prestarle homenaje por Flandes, a pagarle el tributo por Nápoles y a restituir Navarra. Ni más ni menos que el núcleo de las exigencias que planteaba desde hacía tiempo su soberano Francisco I.

Wolsey concluyó la sesión poniendo el dedo en la llaga. Ambas partes pedían la intervención de Inglaterra a su favor, pero antes debía determinarse quién había sido el agresor.

Así pues, con las espadas en alto, terminó aquella primera jornada. Dado lo alejadas de las posiciones de ambas delegaciones, no parecía fácil llegar a un acuerdo. Tampoco claras aparecían las verdaderas intenciones del canciller Wolsey. El colapso de su política de paz hacía caer a Inglaterra en un cúmulo de contradicciones que quedarán patentes en Calais hasta el punto que hay quien ha calificado las conversaciones como una «farsa».

Al margen de las mayores reivindicaciones, la delegación francesa tenía también otros encargos. Por las mismas fechas, el almirante Bonnivet escri-

bía a Duprat que el hijo del mariscal de Navarra había pedido que en cualquier acuerdo con el emperador no se olvidara a su padre preso en Castilla desde hacía más de cinco años. El embajador respondía desde Calais que sabía muy bien que esa era la voluntad de Francisco I.<sup>11</sup>

#### 4.3. Viaje de Wolsey a Brujas

Apenas una semana después de haber comenzado la conferencia, el lunes 12 de agosto, Wolsey y los embajadores imperiales dejaban Calais con destino a Brujas. Oficialmente —eso es, al menos, lo que se dijo a la delegación francesa— el cardenal iba a pedir a Carlos V que enviase una embajada con suficientes poderes para negociar.

Era precisamente Duprat quien escribía a la reina madre francesa el 19 de agosto. De Wolsey, sólo sabía que ya había llegado a Brujas. Para el canciller francés la mayor dificultad de las negociaciones iba a ser el concertar el matrimonio de Carlos V con la hija de Francisco I. Todo dependerá —decía— de las noticias que llegaran de Guyena. Si eran buenas para los franceses, el emperador cedería y devolvería Navarra. Wolsey les había asegurado que Carlos V aceptaría restituir Navarra dentro de cierto plazo o resarcir a Enrique II de acuerdo con lo estipulado en Noyón. Así pues, todo iba a depender de si Francia era capaz de sostener por largo tiempo los tres grandes ejércitos que mantenía en Luxemburgo, Italia y Navarra. Como buen diplomático, opina que «valdría mucho más tener una paz o tregua cierta que una guerra incierta». En todo caso, aseguraba, la delegación francesa pondría como condición *sine qua non* para llegar a un acuerdo la restitución de Navarra.<sup>12</sup>

La visión de los embajadores ingleses en la corte francesa estaba más centrada en el campo de batalla. En sus cartas a su soberano se hacen eco del ejército que el rey de Francia prepara para enviar precisamente con Bonnivet al Pirineo vasco. Y escribían: «El almirante de Francia está en Baiona con 2.000 hombres de armas y 12.000 lansquenets. Invadirá Navarra y espera que el país de Bearne le ayudará».

Pronto se pudo comprobar que las intenciones de Wolsey eran muy distintas a las expresadas a los embajadores franceses. Nada más llegar a Brujas, se entrevistó con Carlos V y el 23 de agosto firmó con él un tratado secreto. En él, Enrique VIII se comprometía a declarar la guerra a Francia si las hostilidades no terminaban antes de noviembre. El ataque conjunto anglo-imperial

<sup>11</sup> Brewer, 1867: 612. Carta de Bonnivet a Duprat desde Chasteauneuf de 15 de agosto de 1521.

<sup>12</sup> BnF. Manuscrits français. Clairambault 322, ff. 211-211 v.º. Carta de Duprat a la reina madre Luisa desde Calais el 19 de agosto de 1521.

se produciría en mayo del año siguiente. Muchos historiadores sospechan que Wolsey nunca había asumido seriamente su papel como mediador. Otros autores han ido más lejos y han calificado estas conversaciones de Brujas de «monumento a la perfidia digno de Fernando el Católico».<sup>13</sup>

El canciller inglés regresó a Calais, a donde llegó el jueves 29 de agosto. Con él venía una nueva embajada en la que repetía Gattinara como cabeza visible. Para entonces, los campos de batalla estaban en plena ebullición. En el noreste de Francia, los franceses intentaban evitar la toma de importantes plazas sitiadas por los imperiales. También en Milán la guerra les era adversa. Y en Navarra la gran contraofensiva franco-navarra estaba a punto de empezar.

#### 4.4. Reanudación de las conversaciones

Condicionadas por esas noticias que llegaban de los campos de batalla, se reanudaron las conversaciones. La segunda de las sesiones se dedicó al tema de los poderes que tenía cada delegación. Fue en la tercera, que tendría lugar el lunes 2 de septiembre, cuando los portavoces de cada embajada expusieron sus demandas.

Duprat fijó las posiciones francesas. Francisco I inició su reinado buscando la paz y por ello suscribió el tratado de Noyón. Carlos V, en cambio, no había cumplido nada de lo que entonces acordaron. En cuanto a Navarra, si ha ayudado a su rey ha sido en cumplimiento de lo que entonces se concertó, ya que a Enrique II ni se le ha restituido el reino ni se le ha compensado. Así pues, el emperador debe ser declarado el agresor.

Como era de esperar, acto seguido Gattinara rebatió al francés y le acusó de distorsionar los hechos. Francisco I no sólo había invadido Navarra, sino que había hecho lo mismo con Castilla al sitiar Logroño. Y hubiera seguido adelante si no fuera porque los españoles, dejando de lado sus diferencias, habían conseguido rechazar a los franceses y reconquistar Navarra. El tratado de Noyón no permitía a Francia asistir a Enrique II a menos que el emperador rechazara sus derechos a la corona. Y esos derechos nunca le habían sido expuestos. Es más, el canciller imperial trajo a la memoria los argumentos presentados en Montpellier (mayo de 1518), la primera conferencia en la que se habló del tema: Carlos V era quien tenía derecho a la corona navarra. Además, en el tratado de Londres se estipuló que las partes suscribientes tendrían prohibido inquietarse en sus posesiones.

La tercera sesión debió tener lugar el miércoles 11 de septiembre. En ella, tras negar la ayuda francesa a La Marck, Duprat puso sobre la mesa el tema de

---

<sup>13</sup> Gwyn, 1980: 755; Knecht, 178

Navarra. El tratado de Londres —decía— debía interpretarse en su momento y considerando el tratado que Francisco I había firmado en marzo de 1515 con Juan III de Navarra<sup>14</sup>. Además, el de Londres había sido un pacto entre Francia e Inglaterra y, por tanto, no aplicable a Navarra, que era objeto de un tratado especial. Y fue expresamente estipulado que el tratado de Londres no derogaría tratados anteriores.

En relación a este tema, Gattinara replicó que Carlos V había sido inducido a suscribir lo acordado en Londres en el convencimiento de que así aseguraría Navarra.

Wolsey puso fin a la sesión. Advirtió cómo ambas partes habían expuesto sus razones con elegancia y extensión, pero que todo lo dicho servía para continuar la guerra, no para buscar la paz. La cuestión —añadía— era entender el alcance de los tratados. Y a eso dedicarían la sesión del próximo día.

En la siguiente sesión el contencioso navarro estuvo ausente. El embajador imperial presentó unas cartas firmadas de mano de Francisco I que habían sido interceptadas y que, según él, dejaban claro su implicación en la ofensiva de La Mark. El debate fue interrumpido por Wolsey con la excusa de que se encontraba demasiado enfermo para seguir. Las sesiones, anunció, continuarían el miércoles siguiente.

Durante la segunda semana de septiembre, Wolsey recibió dos cartas desde Troyes. Las enviaba el embajador inglés ante Francisco I. En la primera le decía que el ejército español había dejado Navarra y vuelto a Castilla; que fortificaban la frontera castellana y que temían al ejército del almirante Bonivet que se estaba concentrando al otro lado de los Pirineos. En la segunda, que el rey de Francia le aseguraba en relación a esta contraofensiva que, una vez reinstaurado Enrique II en el trono navarro y coronado en Pamplona, el ejército francés no iría más allá. Francia dejaría al rey de Navarra que gobernase por sí mismo.<sup>15</sup>

También desde Inglaterra le llegaban noticias al cardenal Wolsey. En este caso se le informaba de que un capitán español apellidado Zapata había comparecido ante Enrique VIII y le había mostrado las cartas encontradas en los cofres del general Lesparre tras ser derrotado en Noáin. Aunque traducidas primero al español y luego al inglés no muy bien —decía el informante—, dejaban clara la «astucia, sutileza y pretextos» usados por Francisco I y su implicación en la campaña de Navarra y en el ataque a Castilla. El informante

<sup>14</sup> Efectivamente, la renovación del tratado franco-navarro de Blois fue firmada por Francisco I y Juan III en París el 23 de marzo de 1515 y ratificada por la reina Catalina I el 26 de mayo siguiente. (BnF. Manuscrits francaises, Clarainbaud 324).

<sup>15</sup> Brewer, 1867: 649-650 (Carta de Fitzwilliam a Wolsey desde Troyes el 10 de septiembre de 1521) y 655-659 (Carta de Fitzwilliam a Wolsey desde Troyes el 15 de septiembre de 1521)

estaba seguro de que, tras leer la traducción, el rey inglés tendría en adelante menos confianza en el francés.<sup>16</sup>

#### 4.5. Los derechos dinásticos sobre Navarra

La sexta sesión de las conversaciones de Calais debió tener lugar el miércoles 18 de septiembre y se convirtió en un monográfico sobre la cuestión navarra. En ella se expusieron y rebatieron todos los argumentos que se aducirían en los dos siglos siguientes en relación al derecho de posesión del reino.

Para empezar, se acordó dar lectura al Tratado de Noyón con el fin de ver si sus artículos habían sido mantenidos o habían sido rotos. Luego harían lo mismo con el de Londres.

Con el primer artículo, donde se impedía favorecer o apoyar a ningún enemigo de la otra parte, volvieron a surgir los reproches mutuos sobre su incumplimiento. Las diferencias de interpretación continuaron con los siguientes artículos, pero explotaron cuando llegaron al que trataba de Navarra.

Comenzó Duprat exponiendo el alcance del artículo 28. Según él, legalizaba la ayuda de Francia a los reyes de Navarra porque establecía expresamente que la alianza entre ambos permanecería vigente. A ello Gattinara replicó que ese supuesto se estipulaba sólo en el caso de que Catalina I de Navarra no fuese indemnizada «de acuerdo a razón». Para ello, la reina o sus hijos debían enviar a Carlos V embajadores para exponerle sus derechos a la corona navarra. Pero, aducía, el emperador no estaba obligado a nada hasta que no reconociera la existencia de esos derechos.

Duprat replicó —y no le faltaba razón— que tanto la reina como su hijo habían enviado varias embajadas con ese fin, pero que o no fueron recibidas o fueron ignoradas. Se refería así a las delegaciones enviadas entre 1516 y 1518 a Bruselas, Valladolid, Aranda de Duero, Zaragoza y Montpellier, todas infructuosas por falta de voluntad hispano-imperial.

Esto llevó a un larga y prolija discusión sobre quién tenía derechos a la corona de Navarra. En ella, por primera vez podríamos decir, España cambiaba su defensa con más argumentos que los consabidos de la excomunión papal. Unos argumentos que habían aflorado tímidamente en Montpellier y que no dejarían de repetirse al menos durante los dos siglos siguientes.

Gattinara realizó un largo relato genealógico a partir de Juan II de Aragón y sus dos esposas. Eso le sirvió para fijar su primer argumento: Fernando el Católico era depositario de los derechos al trono navarro y de él los había he-

---

<sup>16</sup> Brewer, 1867: 660-663. Cartas de Pace a Wolsey de 16 y 20 de septiembre de 1521.

redado Carlos V. Según el canciller imperial, el rey aragonés había recibido esos derechos dinásticos por dos vías.

La primera, a través de su padre, el rey consorte de Navarra. De acuerdo a esta tesis, la legítima sucesora a la muerte del Príncipe de Viana (heredero indiscutido de la corona navarra), su hermana Blanca, quien antes de morir había renunciado a sus derechos al trono navarro en favor de su padre el rey. Y este se los habría transferido al hijo habido en su segundo matrimonio, que no era otro que Fernando de Aragón. Si este no reivindicó entonces esos derechos era, según Gattinara, «porque estaba demasiado ocupado en guerras contra los portugueses y sarracenos».

La segunda vía por la que el rey de España se hizo con los derechos a la corona navarra fue su segunda esposa, Germana de Foix. En este caso, los derechos provendrían de otra de las hermanas del Príncipe de Viana, Leonor, heredera del reino al morir Juan II y que había casado con el conde de Foix. De ese matrimonio nacieron dos hijos, Gastón y Juan. El primogénito, casado con la hermana del rey de Francia, murió sin haber ocupado el trono navarro. El hijo de este, coronado como Francisco I de Navarra, murió siendo un adolescente, y fue sucedido por su hermana, la reina Catalina, madre de Enrique II. Pero —aducía Gattinara— a la muerte de Francisco I la corona navarra había tenido que revertir a la línea masculina del tío de Catalina, Juan, que había tenido un hijo llamado Gastón y una hija llamada Germana. Esta, casada con Fernando el Católico en 1506, habría recibido los derechos dinásticos a la muerte de su hermano caído en batalla seis años después. Y ella había renunciado expresamente a ellos a favor de su esposo el rey de Aragón. Así pues, este legado volvía a recaer por herencia en Carlos V.

El que ambas líneas se excluyeran —si los derechos recaían en el padre de Fernando el Católico, no podían hacerlo en su esposa, y viceversa— no parecía preocupar al canciller imperial, que aún tenía tres argumentos más.

En el supuesto que Francisco I Febo hubiera sido heredero legítimo de la corona navarra, a su muerte esta debía haber revertido a su tío Juan y no a su hermana Catalina, casada después con Juan de Labrit. Y en el supuesto de que Catalina hubiera sido heredera legítima, esta habría perdido sus derechos al incumplir los tratados con Fernando el Católico al permitir que Francia atravesara su reino para atacar a España.

El quinto argumento era el más conocido y el único que había esgrimido Fernando el Católico en vida: Juan III y Catalina I de Navarra fueron privados de su reino por sentencia apostólica como cismáticos y el reino había sido obtenido por el rey aragonés y gobernador castellano en una guerra justa.

Así pues, por estas cinco vías los derechos a la corona navarra habían sido recabados por Fernando el Católico, quien los había transferido a su hija Juana, madre del emperador. Con todo, la argumentación de Gattinara supo-

nía un gran cambio —ya apuntado en Montpellier, como hemos dicho— en la justificación española de la retención de Navarra. En 1514, Fernando el Católico había publicado una defensa jurídica de su conquista elaborada por Palacios Rubios. Llevaba el ilustrativo título de *De iustitia et iure obtentiotis ac retentionis regni Navarrae*. Según este argumento, el papa habría concedido a Fernando el Católico el derecho a realizar una «guerra justa» contra los soberanos navarros, a quienes acababa de excomulgar y condenar con la privación de sus estados.<sup>17</sup>

Según el relato imperial de la conferencia en el que nos basamos, la respuesta de Duprat fue sospechosamente breve, pero en todo caso contundente. En Derecho, todas las cesiones dinásticas mencionadas por Gattinara no podían hacerse en perjuicio de los sucesores. Y por otro lado, las privaciones papales no podían afectar a reinos que no fueran feudos de la Iglesia.

#### 4.6. Últimas sesiones

Con una nula disposición a llegar a ningún acuerdo y enrocados en sus respectivos argumentos, todavía se celebraron otras tres sesiones durante la última semana de septiembre de 1521.

La séptima sesión se dedicó a la lectura del tratado de Londres. Gattinara defendía que desde el primer artículo incluía tanto a los herederos de los firmantes como a los bienes poseídos u ocupados. Duprat entendió que su oponente admitía que lo de Navarra había sido una «ocupación». Tras matizar, el imperial se refirió al artículo segundo que, según los imperiales, habrían roto los franceses al ayudar a La Marck. Y así la discusión volvió a repetir las viejas objeciones y respuestas.

El 29 de septiembre, domingo, tuvo lugar la siguiente sesión. Wolsey la inició diciendo que, dado que era evidente que los viejos tratados habían sido rotos, la paz tendría que restaurarse con uno nuevo. La unidad cristiana era imprescindible ante la amenaza turca. Pero nada más tomar la palabra, las dos embajadas volvieron a sus discusiones habituales. Gattinara acusó a Francia de usurpar Borgoña y otros estados, y reivindicó los condados de Champaña y Brie unidos a la corona navarra que reclamaba para el emperador. Para Duprat, esta reivindicación dejaba claro que Carlos V no quería la paz y a su vez exigía la devolución a Francia de los reinos de la corona de Aragón. En su contrarréplica el canciller imperial subió aún más el tono afirmando que Carlos V podía reclamar todo el reino de Francia... Viendo por donde discurría el debate, Wolsey les interrumpió diciendo que no sería honorable para Enrique

---

<sup>17</sup> Floristán, 2012: 36-38; Pescador, 2019: 15

VIII ni para él mismo haber desperdiciado tanto tiempo para nada. Y emplazó a las dos embajadas a la sesión del día siguiente.

El postrero día de septiembre tuvo lugar la novena y última sesión. El tono no había cambiado. Gattinara y Duprat se acusaron mutuamente de ser la parte agresora y, en consecuencia, de violar el tratado de Londres. Y cuando los mediadores —Wolsey estaba enfermo y no asistió— propusieron un principio de tratado de paz, ambas partes se cerraron en banda negándose incluso a hablar.

No mucho después llegaron a Calais las noticias de los reveses militares franceses: los españoles habían expulsado a los galos de Milán, los imperiales habían rendido la plaza francesa de Tournay y arrasaban literalmente el norte de Francia... Y es que la guerra seguía en todos los frentes de batalla. Sin embargo, tres semanas después se producía un hecho que parecía indicar que Francia se recuperaba militarmente.

#### 4.7. Hondarribia desplaza a Navarra

El 24 de septiembre, con varios meses de retraso sobre el plan previsto, el enorme ejército franco-navarro comandado por el almirante de Francia, Bonivet, comenzaba la esperada contraofensiva. Y aunque se esperaba que emprendiese una marcha hacia Pamplona, lo cierto es que el ataque se desvió hacia el oeste, hacia Gipuzkoa.

En Calais no se había producido ningún avance en todo el mes de septiembre. Y octubre no prometía ser mejor. De hecho, no parece que se celebraran nuevas sesiones conjuntas de las delegaciones imperial y francesa. Todos seguían con interés las noticias que llegaban desde los distintos frentes de aquella guerra. Es verdad que, ante los reveses militares, la delegación francesa parecía ahora mostrarse más abierta a una de las posibilidades contempladas en Noyón: la compensación al rey de Navarra por la pérdida de su reino. El 6 de octubre los embajadores franceses escribían a Francisco I asegurándole que el emperador y el papa estarían dispuestos a llegar a un acuerdo con Francia: no restituirían Navarra, pero indemnizarían a Enrique II.

La nueva vía no pudo ni explorarse. El curso de la guerra volvió a imponerse a la mesa de negociación. Pocos días después, el embajador inglés ante el rey gallo informaba a Wolsey de que a la corte francesa había llegado la noticia de que el almirante de Francia había conseguido conquistar tres fortalezas en el frente vasco y de que los españoles habían huido hacia Hondarribia. Pero lo peor para la delegación imperial estaba aún por llegar. El 18 de octubre las tropas franco-navarras, reforzadas con mercenarios alemanes, conseguían apoderarse de la estratégica plaza de Hondarribia. Ese día, desde el mismo campamento levantado en las afueras de esa villa, el joven Enrique II de Navarra

escribía entusiasmado a Francisco I agradeciéndole su ayuda y poniéndose a su servicio.<sup>18</sup>

Para los españoles, especialmente para los castellanos, el golpe fue muy duro. Como decían muy gráficamente, la caída de la plaza guipuzcoana entregaba a los franceses las llaves de España. Además, en caso de que los ingleses decidieran repetir su papel de 1512 y emprender desde Gipuzkoa la invasión de Guyena, no tendrían dónde desembarcar. Así que, cuando los gobernadores que había dejado Carlos V en la Península volvían a Castilla para acabar con los últimos focos comuneros, tuvieron que dar media vuelta e instalarse en Vitoria para interponerse ante un previsible avance francés.

La noticia de la toma de Hondarribia tardó poco en llegar a las principales cortes europeas y de allí a Calais. Desde el primer momento desplazó de las conversaciones el tema de Navarra. A partir de entonces, sólo se habló de la plaza guipuzcoana. El 2 de noviembre Duprat escribía al tesorero francés relatando el «aturdimiento» que había provocado en los embajadores imperiales el éxito militar franco-navarro. Si Francisco I conseguía restaurar su ejército y sus finanzas, decía, Carlos V se vería obligado a aceptar una tregua. Esto era lo que el mismo Bonnivet pedía desde Donibane Loitzune (Saint-Jean-de-Luz). Francisco I estaba entusiasmado. Por esos mismos días el rey francés escribía a Lautrec, que a duras penas se mantenía en el Milanesado. Los enemigos, dice, no pueden digerir el éxito de Hondarribia y no saben si hacer la paz, una tregua o la guerra. «Mi primo, las cosas están tan bien en todas partes que no es posible que estén mejor, excepto en Milán, donde os ruego que hagáis todo lo que podáis».<sup>19</sup>

Por su parte, desde su corte flamenca Carlos V daba instrucciones a sus embajadores en Calais. La tregua con Francia era necesaria para que él pudiese viajar a España, pero veía dificultades en acordarla. No tenía noticias de España ni del deseo de sus súbditos allí, pero sus consejeros hispanos insistían en que no firmara una tregua sin consultar con ellos. A menos que se recuperara la plaza guipuzcoana, aseguraban, sus súbditos podrían volverse contra él. Además, el que los franceses controlaran Hondarribia impedía el ataque a Guyena, ya que los ingleses no tendrían un puerto dónde desembarcar. Desde esa plaza se gobernaba la provincia de Gipuzkoa y, de caer este territorio, podrían perderse 12.000 «hombres leales a la corona de Castilla». Asimismo, Vizcaya y Navarra podían ser fácilmente tomadas y él perder el amor de sus súbditos españoles. Por ello, Carlos V insistía en que Gattinara debía convencer a Wol-

---

<sup>18</sup> BnF. Manuscrits français, núm. 2.980, fol. 79.

<sup>19</sup> BnF. Manuscrits français. Clairambault 321, ff. 298 (carta de Duprat), 272-273 (carta de Bonnivet) y 280 (carta de Francisco I)

sey de que la villa era más importante de lo que el inglés creía y que debía hacer todo lo posible para su restitución «pase lo que pase».<sup>20</sup>

El último intento del mediador inglés para obtener al menos una tregua se produce el 22 de octubre. Pero, con Hondarribia ya en sus manos, el rey galo cambió de actitud. Según escribían, se mostraba «intratable» ya que temía que la interrupción de las operaciones sirviera para el rearme de Carlos V.

Un mes más tarde la embajada francesa encabezada por Duprat abandonaba Calais. Tal y como informaban los embajadores italianos, en los días siguientes lo hicieron Wolsey y la delegación imperial. Y concluían: «la tregua ha quedado en humo»<sup>21</sup>. El día 24 de noviembre, Inglaterra, el Imperio y el Papado firmaban un tratado secreto por el que se comprometían a declarar la guerra a Francia en marzo del año siguiente. El pontífice no viviría mucho más y dejaría este mundo el primer día de diciembre de 1521.

A principios de enero, Francia daba por hecho el alineamiento de Inglaterra con el Imperio hispano-alemán. Suspendió el pago de una pensión al rey de Inglaterra y envió al duque de Albany, presunto heredero al trono, a Escocia. Por las mismas fechas, el antiguo preceptor del emperador y su co-gobernador en España, Adriano de Utrecht, era elegido nuevo papa. No fueron las únicas malas noticias para Francisco I. El 27 de abril, Lautrec era contundentemente derrotado en la Bicocca, provocando la debacle francesa en el norte de Italia.

A finales de mayo de 1522. Un heraldo de Enrique VIII se presentaba en la corte en Lyon y ya en presencia del rey galo le comunicaba la entrada de Inglaterra en la guerra a favor de Carlos V. Las causas que enumeraban eran, por este orden, haber comenzado la guerra, contratar mercenarios, permitir al duque de Albany llegara a Escocia, invadir Navarra y no abonar las pensiones a Inglaterra.

En el mismo acto, Francisco I le responde y enumera sus reproches para con Enrique VIII. Dice que, aunque no se firmó nada en Ardres durante el amistoso encuentro del Campo del Mantel de Oro, el inglés se había comprometido de palabra a entregar el reino de Navarra a Enrique de Labrit en el plazo de tres meses.

La nueva postura inglesa se consumó en forma de tratado. Desde el punto de vista de la política del cardenal Wolsey, terminaba el «periodo pro-paz» que había desarrollado desde 1518 y comenzaba el «periodo pro-imperial» que

<sup>20</sup> Brewer, 1867: 746-747. La carta de Carlos V a sus embajadores en Calais no tiene fecha, pero por el contexto debe datarse en la primera mitad de noviembre de 1521, entre la toma de Hondarribia y la salida de sus embajadores de Calais.

<sup>21</sup> Sanuto, 1891: 244. Carta de Contarini de 29 de noviembre de 1521.

se prolongaría hasta 1523.<sup>22</sup> El 19 de junio de 1522, Carlos V y Enrique VIII sancionaban su alianza en persona con el Tratado de Windsor. En virtud de él, los ejércitos de ambos monarcas invadirían Francia antes de un año. La firma se hizo con el emperador de vuelta a España. Arribaría en la Península a mediados del mes siguiente, coincidiendo con la toma y destrucción del castillo de Amaïur, último reducto del legitimismo navarro en la Navarra peninsular.

## V. CONCLUSIONES

### 5.1. El fin de la política pro-paz de Inglaterra

A la vista de todo lo ocurrido en Calais en los meses de agosto y septiembre de 1521, cabe preguntarse si tras el fracaso de las conversaciones no estuvo la falta de voluntad real para llegar a un acuerdo de paz. Como mucho, ambos contendientes consideraron la posibilidad de firmar una tregua, pero tan sólo con el objetivo de restablecer su poder y posiciones militares. Las conversaciones, muy enrarecidas por las noticias vaivenes de los frentes navarro, luxemburgués, italiano y el propio francés, estuvieron siempre condicionadas por lo que estaba ocurriendo en los campos de batalla.

Podría decirse que tanto los objetivos de Francisco I como de Carlos V giraban en torno a la entrada en el conflicto de Inglaterra. Una entrada que parecía la consecuencia lógica de lo firmado en Londres en 1518. Carlos V incitaba a Enrique VIII a atacar a Francia tratándole de convencer de que Francisco I había sido quién había roto la «paz universal» europea que salvaguardaba el tratado. El francés había sido quien había incitado a los enemigos del emperador en Luxemburgo, Navarra, Castilla y Flandes. Por su parte, Francisco I confiaba en el clima de amistad y entendimiento con el monarca inglés que había consolidado en el Campo del Mantel de Oro en 1520. Planteara todos los incumplimientos del tratado de Noyón, desmentía su apoyo a La Marck y justificaba su participación en Navarra. Todo ello con el objetivo de evitar que Inglaterra entrara en la guerra en apoyo de su enemigo.

El papel de Inglaterra —y en especial, el del cardenal Wolsey— ha sido el más debatido. El tratado de Londres fue un gran logro diplomático del cardenal Wolsey y se convirtió en la piedra angular de la política inglesa. Ya lo hemos dicho: consolidaba a Inglaterra como «el árbitro de Europa». Partía de la premisa de que existían tres potencias en el continente: Francia, el Imperio Alemán y España. Pero, cuando en 1519, dos de esas potencias quedaron en manos de Carlos V, el sistema político creado por Wolsey cayó en el cúmulo de contradicciones que se observan en las conversaciones de Calais.

---

<sup>22</sup> Martin, 2000.

Francia era el enemigo natural de Inglaterra y Wolsey tenía que adecuarse a los deseos de Enrique VIII de aliarse con Carlos V. Así que el principal objetivo de Wolsey en Calais fue ganar tiempo para preparar a su ejército para intervenir en el continente y, mientras tanto, arrancar a ambas partes las mayores concesiones. Y firmado el Tratado de Windsor pocos días después de que quedaran rotas las conversaciones de Calais, intentó dilatar sus compromisos de atacar a Francia hasta 1523. En todo caso, Calais significa el fin de la política pro-paz que Inglaterra había desplegado hasta 1521 y el comienzo de la política pro-imperial.<sup>23</sup>

Pero, para nosotros, mucho más importantes que estas consideraciones son las consecuencias que las conversaciones de Calais supusieron para Navarra. Como hemos visto, por estos años, su retención o reintegración se convirtió en una cuestión central en la diplomacia europea y durante casi un siglo se convertirá en causa de fricción entre los grandes poderes del continente. De hecho, durante más de dos siglos, no habrá guerra ni tratado de paz entre Francia y España en las que no aflore la cuestión navarra.<sup>24</sup>

Calais supuso para el reino dos cosas. Por un lado, consumó la desaparición de una diplomacia propia. Por otro, los argumentos esgrimidos por España en Calais para retener la parte peninsular del reino se consolidaron para el futuro.

## 5.2. «Afrancesamiento» de la causa navarra

Efectivamente, Calais muestra a las claras que Navarra ya no tenía una diplomacia propia.

Desde finales del siglo xv, siguiendo la estela de los grandes poderes europeos, Navarra había ido construyendo su propia diplomacia moderna. Y así, además de las tradicionales embajadas especiales, los reyes Juan III y Catalina comenzaron a contar con embajadores permanentes en el Imperio Alemán y España. La mayoría de los primeros diplomáticos fueron laicos naturales del reino que desempeñaban cargos en la administración Navarra.<sup>25</sup> Con la conquista, esto comenzó a cambiar. La del mariscal de Navarra a principios de 1516 ante el papa y el rey de Francia puede ser considerada la última misión diplomática encomendada a naturales navarros. A la muerte de Juan III de La-

---

<sup>23</sup> Martin, 2000: 15-26

<sup>24</sup> Soldan, [1849], 108.

<sup>25</sup> Adot, 2012: 66-108.

brit, la representación internacional del reino corresponderá ya a súbditos de Bearn o Foix (Pierre de Biaix y Gastón de Andoins, principalmente).<sup>26</sup>

En Calais se dará un paso más y Navarra no estará presente en la esfera europea ni mediante embajadores navarros ni bearneses. En adelante, será Francia y los embajadores franceses quienes expongan y defiendan en las conversaciones y negociaciones internacionales la causa de los reyes destronados. Ese «afrancesamiento» de la causa navarra irá en paralelo al aumento de dominios franceses de Enrique II. Hay que tener en cuenta que en 1522, a la muerte de su abuelo, Enrique II recibió en herencia los dominios patrimoniales de los Albret. En 1527, la causa navarra y la francesa quedarán todavía más ligadas con el matrimonio de Enrique II y Margarita de Angulema, hermana de Francisco I.

### 5.3. De la excomunión a los derechos dinásticos

Aunque el argumento de la excomunión pontificia fue mencionado Gattinara tímidamente al final de su intervención, se aprecia un gran cambio en la justificación española de la conquista y retención de Navarra. A decir verdad, este argumento había sido el único esgrimido en vida por Fernando el Católico, que jamás cuestionó la legitimidad de Catalina I para ascender al trono navarro. El abuelo de Carlos V no había permitido utilizar otro argumento ni en el requerimiento a los pamploneses que hizo el duque de Alba «capitán general del ejército de España» al apoderarse de la ciudad en julio de 1512. También en el acta de la incorporación a la corona castellana (1515) y en su propio testamento (1516) sólo se aludía a la conquista de Navarra tras una «guerra justa» y en virtud de una donación del papa.

La excomunión papal es precisamente la base del alegato jurídico que, por su encargo, desarrolla en su obra *De iustitia et iure obtentionis ac retentionis regni Navarre* López de Palacios Rubios. En esa obra destinada a justificar la conquista de Navarra, el autor dedica tres capítulos a exponer los fundamentos de derecho. Defiende en ellos que los papas tienen autoridad espiritual y temporal sobre los reyes.

Sin embargo, este jurista y consejero real no hacía sino una referencia muy vaga a las bulas de excomunión expedidas por Julio II en 1512 y 1513. Esta fue precisamente la razón por la que Soldan, al estudiar este tema en 1849, creyó que esas bulas nunca existieron. De ahí que ya en las conferencias de Montpellier los españoles se desentendieran del título más firme y único de la

---

<sup>26</sup> Pierre de Biaix encabezó las embajadas navarras en Noyón y Bruselas (1516), mientras que el señor de Andoins lo hizo en Cambrai (1517), Valladolid, Aranda de Duero y Zaragoza (1518) y Montpellier (1519).

conquista que había venido esgrimiendo Fernando el Católico.<sup>27</sup> En los debates de esa conferencia, los consejeros flamencos trataron de evitar cualquier mención a la excomunión de los reyes de Navarra y, cuando un doctor español hizo referencia a ella, el propio canciller de Flandes le espetó: «cállese, señor doctor; no habéis recibido la misión de tomar la palabra sobre este punto».<sup>28</sup>

Hoy sabemos muy bien que las bulas de excomunión existieron y que la de 1513, la *Exigit contumacium*, es todo menos ambigua. Así que la razón para ignorarla fue otra. La inmensa mayoría de los teólogos y juristas europeos, incluidos los españoles, no reconocían entonces que el papa estuviera por encima de los reyes y que pudiera despojarlos o conceder coronas por su autoridad. Así que, tan sólo dos años después de que muriera Fernando el Católico, los españoles habían optado por desarrollar una línea argumental que a grandes rasgos apuntaba Palacios Rubios en su obra: Navarra no había sufrido una «conquista» sino una «restauración». La línea dinástica que había desembocado en los reyes Catalina I y Juan III era ilegítima.<sup>29</sup>

Así pues, el principal argumento que va a desarrollar Gattinara en esa sexta sesión de Calais ya había sido planteado, un poco de pasada, tres años antes en Montpellier. La embajada hispano-alemana ya no habla de la excomunión como fundamento de la apropiación de Navarra, sino los derechos de la línea segunda de los Foix, derechos que habían recaído finalmente en Germana de Foix, cedidos por esta a su esposo Fernando el Católico y heredados por su nieto Carlos V.<sup>30</sup>

## VI. FUENTES ARCHIVISTICAS

BnF. Bibliothèque nationale de France. Manuscrits français.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ADOT LERGA, Álvaro, *Embajadores navarros en Europa*, Pamplona-Iruña: Pamiela, 2012.  
BOISSONNADE, Prosper, *Historia de la incorporación de Navarra a Castilla*, Pamplona-Iruña, Gobierno de Navarra, 2005.

<sup>27</sup> Soldan, [1849] 2022: 107

<sup>28</sup> Boissonnade, [1983], 2005: 703. Así lo relata el delegado navarro-bearnés allí presente, Pierre de Biaix, en su diario.

<sup>29</sup> Floristán, 2012: 37

<sup>30</sup> Soldan, [1849] 2022: 107

- BREWER, John S., *Letters and Papers, Foreign and Domestic, of the Reign of Henry VIII Preserved in the Public Record Office, the British Museum and elsewhere in England*, Vol. III, Part II (jul 1521-1523). London: Longmans-Green, 1867.
- BROWN, Rawdon (ed.), *Calendar of State Papers and Manuscripts relating to English Affairs, existing in the Archives and Collections of Venice and in others libraries of Northern Italy*. Vol. III, 1520-1526. London: Longmans-Green, 1869.
- FLORISTÁN IMÍZCOZ, Alfredo, «Los debates sobre la conquista y la reconfiguración de la identidad navarra» en Alfredo Floristán (ed.) *1512: Conquista e incorporación de Navarra*. Barcelona: Ariel, 2012, pp. 31-61
- GWYN, Peter, 'Wolsey's Foreign Policy: The Conferences at Calais and Bruges Reconsidered', en *The Historical Journal*, 23-4 (1980), pp. 755-772.
- KNECHT, Robert J., *Renaissance Warrior and Patron. The Reign of Francis I*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- MARTIN, Shawn Jeremy, "Once More unto the Breach, Dear Friends": Cardinal Wolsey and the Politics of the "Great Enterprise," 1518-1525. Tesis doctoral defendida William and Mary (Virginia), en 2000. Consultada el 21/12/2024: <https://scholarworks.wm.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=5824&context=etd>
- PESCADOR MEDRANO, Aitor, *Elio Antonio de Nebrija. La guerra de Navarra (Exculpación histórica para justificar la invasión de Navarra)*, Pamplona-Iruña: Pamiela, 2019.
- SANUTO, Marino, *I diarii di Marino Sanuto*, 59 tomos. Venecia: Visentini, 1878.
- SOLDAN, Wilhem Gottlieb, *De cómo España conquistó a Navarra y la retuvo*, Pamplona-Iruña: Mintzoa, 2022.
- VARILLAS, Antoine de, *Histoire de François I*, Paris, Claude Barbin, 1685.
- WEISS, Charles (Dir), *Papiers d'Etat du cardinal de Granvelle: d'après les manuscrits de la Bibliothèque de Berançon*, Paris: Imprimerie Royal, 1841.